

<https://doi.org/10.29393/At413-96PORA10096>

A PROPOSITO DE "ORTEGA EN SU ESPIRITU"

En el número 411 de la revista ATENEA, correspondiente al trimestre enero-marzo de 1966, aparece una crítica de mi libro ORTEGA EN SU ESPIRITU firmada por el Sr. Guillermo Araya. Como en ella se incurre en inexactitudes de gravedad no sólo por lo que allí se dice sino, sobre todo, por lo que se deja de decir, me he visto obligado a responder para dejar las cosas en su sitio. Los reparos que allí se me hacen son de diversa índole. Por eso, y para no desperdiciar tiempo ni esfuerzos, procederé a darles respuestas en el mismo orden en que están formulados, reservándome, para terminar, hacer algunas observaciones sobre el giro impreso a esas reflexiones que, por llamarlas de alguna manera, deberé decir que son *críticas*.

Los reparos en cuestión son los siguientes:

1º) No trato yo del pensamiento de Ortega para buscar su consecuencia interna, o su situación respecto de la filosofía contemporánea, o para demostrar sus lagunas y deficiencias por la profundización de las zonas de objetividad respecto de la cual en cada caso Ortega anunció ideas —se trata, por el contrario, de ver en qué medida su esfuerzo intelectual coincide o disiente del pensamiento católico en general y del tomismo en particular; 2º) Toda postura no tomista sufrirá el rigor adjetival negativo del Sr. Lira; 3º) Igualar a Santa Teresa de Jesús con San Juan de la Cruz; 4º) No insistir en lo que Ortega escribe sobre pintura y las demás Bellas Artes, ciñéndome a la sola música, y 5º) Calificar duramente el mito de que el hombre es un ser enfermo, atribuyéndole la tesis al propio Ortega y mostrarme extraordinariamente duro en los epítetos empleados por mí para calificar la persona misma de Ortega.

Responderé punto por punto a estas objeciones y reparos.

Parece que el Sr. Araya no hubiera leído, en mi trabajo, sino los epítetos que tanto le escandalizan y no hubiera reparado, siquiera brevísimamente, en el resto del libro. Porque afirmar, con absoluta tranquilidad, que en las cuatrocientas cuarenta y tantas páginas de que consta mi libro, sólo me preocupo de denostar a Ortega es absolutamente falso. Se puede combatir a un adversario ideológico en distintos tonos, manteniendo, a pesar de todo, la identidad argumental; porque, como a cualquiera se le ocurre, poco o nada tiene que ver el contenido, o el giro, del argumento con el tono, sereno o violento, en que haya sido expresado, formulado. El Sr. Araya ha confundido ambos órdenes de valores. Si Ortega se hubiera demostrado repetuoso y no insultante respecto del Catolicismo y de su corporización social que es la Iglesia Romana, yo no habría recurrido a los calificativos que tanto escandalizan al Sr. Araya, aunque habría mantenido mi actual opinión negativa sobre su pensamiento. Pero, desde el momento en que él —Ortega— se ha conducido con grosería, incalificable contra los valores que yo, en mi condición de católico, apostólico, romano, considero como los más nobles y sagrados que es posible concebir (en lo cual acompaño a quinientos millones de súbditos e hijos de esa misma Iglesia), no tenía por qué guardarle consideraciones que él no se merecía. Le repito ahora al Sr. Araya lo mismo que digo en el prólogo de mi libro: considero que la Iglesia es mi madre, y que, a quien insulte a mi madre, le propino y le propinaré —llegada la ocasión— la respuesta más contundente que me sea posible dentro de mi estado y condición. Y, naturalmente, para tales menesteres, no voy a solicitar el permiso del Sr. Araya.

Ahora, a lo que el Sr. Araya no tenía ningún derecho es a decir que yo me limito exclusivamente a buscar concordancias o disidencias entre Ortega y el Catolicismo. Eso es absolutamente falso, como aparece a cualquiera que haya leído mi libro y demostraré en seguida. Pero antes de proseguir, quiero dejar en claro que el hecho de verme situado por el Sr. Araya en la línea del R. P. Ramírez me honra extraordinariamente, por lo cual le quedo muy agradecido. Y, ahora, vamos a la demostración anunciada.

Afirmo todo lo siguiente:

1º La falsedad de la tesis orteguiana de que, para Aristóteles y los escolásticos, la sustancia es un *substratum* inerte (pp. 41-42 de mi obra).

2º Que la sustancia adquiere mayor flexibilidad, por lo que a su noción se refiere, en Santo Tomás que en Aristóteles, por considerarla aquél en función de la *creatio ex nihilo* (pp. 42-43).

3º Que Ortega contradice sus afirmaciones idealistas de PASADO Y PORVENIR PARA EL HOMBRE ACTUAL con las ultrarrealistas de MEDITACIONES DEL QUIJOTE (pp. 44-45).

4º Que es relativista porque dice que el mundo es la arquitectura impuesta por el hombre a las cosas. Y que se contradice consigo mismo; porque sostiene, por una parte, que el sujeto es ingrediente de la cir-

cunstancia (pp. 49-54), mientras que, por la otra, el ambiente es ingrediente de nuestra personalidad (pp. 56-57).

5º Que le acecha el doble peligro de un panlogismo exasperado, y un empirismo negador de toda realidad sustancial (p. 70).

6º Que juega frívolamente con el vocablo *naturaleza* (pp. 77-78).

7º Que se contradice negando, por una parte, *el ser* al hombre, y, por la otra, diciendo que es siempre *yo* (pp. 80-84).

8º Que ignora la analogía como modo de predicación y que no la entiende (p. 84).

9º Que establece incompatibilidad irreducible entre *el ser* y *la vida* (p. 94).

10. Que no ha sido capaz de tomar en cuenta ese hecho tan evidente de que ninguna mutación, por profunda que sea, experimentada por el hombre le hace dejar de ser hombre (p. 85).

11. Que se contradice al negarle, al hombre, condición sustancial, y declararlo, a la vez, *sustancialmente* histórico (pp. 85-86).

12. Que se contradice al declarar que la vida no es un misterio puesto que es lo que nos proponemos hacer, y, a la vez, la declara enigmática (pp. 98-103).

13. Que, para él, la *materia* y la *forma*, como causas, simplemente no existen (pp. 139-142).

14. Que ignora por completo la más importante de las causas eficientes que es la causa *in facto esse* (pp. 142-145).

15. Que su principio de que *causa aequat effectum* es la expresión de esa ignorancia, y, al mismo tiempo, irreconciliable con toda verdadera metafísica (pp. 146-151).

16. Que ha ignorado por completo y en toda su amplitud el misterio de la causalidad (pp. 151-152).

17. Que su teoría del *inventario de los objetos que integran nuestro medio propio* es incompatible, por la función que le asigna, con la libertad del hombre (pp. 155-156).

18. Que no le importa en absoluto el destino último del hombre (pp. 157-167).

19. Que excluye de Dios toda facultad creadora (pp. 167-172).

20. Que calumnia a Santo Tomás al decir que el santo sostiene que Dios es ingrediente del cosmos (pp. 172-177).

21. Que niega a Dios ser estable (p. 177).

Pues bien, en ninguno de estos problemas aparece para nada la preocupación de buscar concordancias o discordancias entre Ortega y el Catolicismo. ¿Es que el Sr. Araya habrá leído verdaderamente mi libro? Llego a dudarle; por lo menos, que lo haya leído con la atención que debe poner un crítico en el desempeño de sus menesteres profesionales. Porque resulta que las ciento setenta y siete páginas de mi obra implicadas en la enumeración anterior a las cuales pueden agregarse las casi doscientas consagradas al estudio de la estética orteguiana, hacen un total de

casi cuatrocientas páginas absolutamente al margen del tema religioso orteguismo-catolicismo. Tal vez las únicas que podrían invocarse para refutarme serían las que se refieren al ser y a las facultades creadoras de Dios. Pero cualquier espíritu medianamente culto sabe que esos problemas, en rigor, pueden ser resueltos por las solas fuerzas de la razón natural.

Por consiguiente, sostener, como lo hace el Sr. Araya, que mi preocupación principal, por no decir exclusiva, es buscar las concordancias y discordancias reiteradamente mencionadas en esta respuesta es absolutamente falso. Y, por lo que podría suceder, quiero dejar constancia, antes de pasar a los reparos siguientes, que es actitud muy frecuente la de atribuir a un sacerdote preocupaciones exclusivamente religiosas, como si los sacerdotes no pudiéramos preocuparnos de problemas y cuestiones, por decirlo así, profanos. Esto se debe a que se identifica el Catolicismo, que es una vida integral, con una sola de sus muchas dimensiones, que es la religiosa. Le convendría al Sr. Araya, al mismo tiempo que leer con mayor detención algunos de los libros que critica, documentarse un tanto sobre este problema que no hago ahora sino anunciárselo sumariamente.



Es evidente que el hecho de profesar una filosofía —sea cual fuere— se debe a que quien la profesa la cree la mejor, y que, en consecuencia, las demás, *como sistemas integrales*, le resultan, a sus ojos, comparativamente inferiores. Pero ello no quiere decir que, en esos sistemas desechados, no reconozca él que pueden encontrarse, y de hecho se encuentran, elementos valiosos y aprovechables para el sistema profesado. Esto es evidente. Pues bien, no es de extrañar que, profesando, como profeso, el tomismo, el orteguismo se me aparezca en todas sus deficiencias. Pero le vuelvo a decir al Sr. Araya que, como es evidente, un rigor adjetival negativo no tiene por qué ser de índole violenta. El confunde ambas cosas. Distingo entre Ortega y el orteguismo, y reservo los epítetos duros para la persona de Ortega por sus irreverencias para con la Iglesia en cuyo seno quiero, por encima de todas las cosas, vivir y morir. Por lo que se refiere a Descartes, si el Sr. Araya cree que mi opinión sobre el valor de su metafísica es condenable, que lo siga creyendo. No voy a tratar por ningún motivo de imponerle mi opinión, ni de variarla en lo sucesivo.



No he tratado en ningún momento de igualar a Santa Teresa de Jesús con San Juan de la Cruz *como escritores*. Tengo la satisfacción de poderle decir al Sr. Araya, sin faltar en un ápice a la verdad, que los he leído reiteradas veces, con todo detenimiento y hasta la aparentemente

menos importante de sus páginas. Por lo mismo, pues, no he pretendido igualarlos *como escritores*; los he igualado *como místicos*; porque ambos nos entregan una misma doctrina —que no es una mixtificación como cree impíamente Ortega— sino la doctrina misma católica, la predicada por Cristo, que es la que ellos comentaron, y, sobre todo, vivieron con intensidad pocas veces igualada. Y es como místicos como los combate Ortega. O, más bien, como combate a Santa Teresa; porque de San Juan de la Cruz —no obstante su insuperable categoría poética, reconocida por tirios y troyanos—, él, Ortega, que tanto ha hablado de poesía y de lirismo, no lo cita una sola vez, ni por casualidad, a lo largo de todas sus obras. Por ello, Sr. Araya, no cometo ninguna confusión al citar el hermoso párrafo de Dámaso Alonso sobre San Juan de la Cruz, a propósito de lo que Ortega dice, insultantemente, sobre Santa Teresa. Quien se ha confundido lamentablemente ha sido Ud., al no distinguir dos ángulos de visión, dos órdenes de valores, tan diversos entre sí como son el literario y el de la doctrina y vida místicas...

•

No es cierto que me reduzco a la sola música al analizar la estética orteguiana, como lo demostraré en seguida. Pero, antes quiero, declarar que el ángulo de visión en que me he situado para enfocar esos problemas es el del artista respecto de sus propios medios de expresión, que es un orden de valores previo al estudio de esos mismos medios especificados ya por la índole misma de cada una de las artes bellas, en particular. Sin embargo, repito y demostraré que el defecto que me enrostra el Sr. Araya no existe sino en su mente.

He aquí algunas pruebas:

1ª En la p. 260 de mi libro cito a Ortega a propósito de Velázquez, que no fue, precisamente, un músico. Se entiende que cito su estudio sobre el pintor.

2ª En la p. 265 cito, como ejemplos artísticos, a varios pintores impresionistas.

3ª En las pp. 267-270, vuelvo a citar su estudio sobre Velázquez, además de un artículo sobre *Poesía nueva, poesía vieja*, aparecido en EL IMPARCIAL, de Madrid.

4ª Refuto a Ortega a propósito de ciertas superficialísimas afirmaciones suyas sobre Velázquez y Cervantes (¿músico, también, Cervantes?), con otra citación más de su ya mencionado estudio sobre aquél (pp. 273-278).

5ª A lo largo de doce páginas (pp. 277-289), comento el problema de la representación en arte, problema que no se plantea a propósito de la música, a no ser que se quiera caer en las candideces de la armonía imitativa...

6ª En las trece páginas destinadas al estudio del problema de las relaciones de la técnica con la realidad (pp. 289-302), cito predominantemente

sus estudios sobre Velázquez y Goya, así como sus MEDITACIONES DEL QUIJOTE.

7ª Idéntica consideración puede hacerse —como cualquiera puede verificarlo— a propósito del apartado siguiente, que ocupa trece páginas (pp. 302-315).

Ahora, por lo que se refiere al segundo capítulo de esta estética, encuentro que las menciones de pintores son tan numerosas, por lo menos, como las de los músicos, y que muchas veces que menciono a estos últimos, es porque Ortega mismo lo menciona. No se crea, sin embargo, que el hecho me remuerda la conciencia, porque no tengo nada en contra, y sí muchísimo a favor, de la música y los músicos; sino que quiero dejar en claro la falta de objetividad despampanante de que da pruebas el Sr. Araya en la crítica de mi libro. A lo largo de mi permanencia en Europa —doce años completos— he asistido a innumerables conciertos (creo que sobrepasan los trescientos); pero también he visitado muchísimos museos —los mejores— y he visto, por lo mismo, muchísima pintura, y de la buena, tanto de los siglos pasados como de nuestros días.

En fin, por lo que se refiere al capítulo tercero de esta parte de mi obra, consagrado al estudio de la estructura de la creatura poética en general, de las diecinueve notas que figuran en él, no hay una sola —óigase bien: ni una sola— que sea extractada de MUSICALIA. Ante este hecho, perfectamente comprobable, lo único que puedo decir es que huelgan comentarios...

•

Entrando al capítulo que podríamos denominar *de los dictérios*, no voy a repetir ahora los motivos de haberlos empleado, porque quedan estampados en el prólogo de mi obra. Lo que sí haré es exponer ciertas opiniones de Ortega acerca de Dios, la Iglesia, los místicos y los valores sagrados en general, para que no se vaya a creer —como lo quiere dejar entender el Sr. Araya con sus omisiones— que carecen de base y que son inmotivados.

He aquí algunas muestras:

1ª Afirma que el cristiano carece de aptitud estimativa ante la existencia terrenal y que, para el cristiano, no hay más realidad que el *Deus exsuperantissimus* (pp. 193-196). Con ello, en estricta consecuencia, le hace, al cristiano como tal, desconocer la realidad de las cosas, como cualquiera puede deducir en buena lógica. Sin embargo, San Pablo, en su epístola a los romanos, hace de las creaturas el medio necesario para elevarse, por la razón natural, hasta el conocimiento de la existencia de Dios. Por ello, me pregunto cómo puede decir aquello un pensador que ha nacido, vivido y actuado en el seno de una civilización que, como la occidental, ha sido estructurada y amasada, por decirlo así, con catolicismo (pp. 189-197). Esta es la razón de que, ese modo de opinar orteguiano, lo califique yo de *sandez*.

2ª Afirma que Santo Tomás aplastó la auténtica filosofía cristiana, con lo cual acusa a la Iglesia, implícitamente es verdad, de ser traidora a su misión, ya que ha hecho de Santo Tomás uno de los principales, si no el principal, de todos sus doctores (pp. 197-201). A propósito de ello, comento el error y la petulancia orteguianas empleando el calificativo de pobre hombre que también indigna al Sr. Araya. Porque creo que es propio de un pobre hombre hablar de lo que no sabe (porque Ortega, de catolicismo y vida interna de la Iglesia, no sabía absolutamente nada), y creer que un pensamiento, como el cristiano —que es revelado y de origen directamente divino— puede ser aplastado por un pensamiento meramente humano como lo es “la masa enorme y sutilísima de la filosofía griega”. Si el Sr. Araya no cree en el origen divino de la dogmática católica, está en su derecho. Pero yo creo en él a pie juntillas, y, por eso, frente a las actitudes en cuestión de Ortega, mantengo y mantendré mi actitud y epítetos.

3ª Habla, en un común denominador, de los místicos y confusionarios enemigos del hombre (p. 215). Y, además, dice, también sin restricciones, que “de la visión mística no redunda beneficio alguno intelectual”, ya que lo que nos dicen los místicos (tampoco usa restricciones) “es de una monotonía y trivialidad insuperables” (pp. 217-218). Ahora bien, como la Iglesia considera la Mística como la forma más noble y trascendente de la vida sobrenatural en este mundo, es la actitud entera y constante de esa misma Iglesia Católica la que queda calificada con los epítetos, no precisamente corteses ni laudatorios, que al Sr. Araya, esta vez, no le causan la menor desazón.

4ª Dice que el enriquecimiento de nuestras ideas sobre lo divino no vendrá, probablemente, por los caminos subterráneos de la mística sino por “las vías luminosas del pensamiento discursivo” y exclama, a propósito, “teología y no éxtasis” (p. 219), cuando ha dicho, por otra parte, que “los dogmas —fundamento de la teología discursiva, cosa que Ortega ignora por completo— son absurdos” (p. 219). Naturalmente que, ante estas contradicciones dignas, a lo más, de un escolar secundario, no puedo menos de exclamar que no es *la miel para la boca del asno*. Por lo demás, San Pablo, con toda su santidad a cuestas, califica, al hombre incapaz de juzgar de las cosas espirituales y sobrenaturales, de *hombre animal*; expresión que, con todas las mitigaciones que se empleen, no resulta del todo laudatoria para los que deben figurar en el rubro en cuestión (I Cor., II, 14).

5ª Ridiculiza LAS MORADAS teresianas, sin embargo, de que la Iglesia por boca de sus autores y doctores de vida espiritual, las está ensalzando de continuo (pp. 227-228).

6ª Compara los éxtasis de los místicos con los brincos de los monos de Egipto (p. 228); irreverencia y grosería ante la cual digo que Ortega está, frente a estas realidades como los cerdos ante las perlas de que habla

Cristo en el Evangelio. Porque, irreverencias de este tipo, yo no se las soporto a nadie.

7ª Dice que el auténtico Dios cristiano es un ser *fiero, tremendo*, magnífico, cuyo primer atributo es la arbitrariedad, cuando no se ha tenido la avilantez (avilantez que él atribuye a Santo Tomás, constantemente alabado e indicado como guía y maestro por la Iglesia durante cinco siglos ya) de domesticarlo como un león de Libia o un tigre de Hircania (p. 177). No sé lo que pueda pensar el Sr. Araya de tales comparaciones a propósito de Dios. Por mi parte, estimo y estimaré siempre, que todo aquello constituye una insolencia imperdonable, y he actuado en consecuencia, calificándole, a Ortega, de *autor de bufonadas y blasfemo de baja estofa*. Tengo sangre en las venas, y no admito que con Dios, ni siquiera a propósito de Dios, se emplee lenguaje de este jaez.

8ª Dice que Dios carece de consistencia y de ser (p. 177).

9ª Por último —porque no quiero seguir citando en virtud de la repulsión que me provocan tales actitudes— interpreta heréticamente, conforme con Renan, la aparición de Cristo a San Pablo en el camino de Damasco.

Creo que, con la enumeración anterior, podrá explicarse mi actitud de indignación y violencia respecto de Ortega. Por experiencia propia conozco el horror que existe en Chile a llamar las cosas por su nombre. Por lo que me atañe, no sé si para mi felicidad o mi desgracia, no comparto ni he compartido jamás ese horror. Tal vez al Sr. Araya las irreverencias de Ortega para con lo sobrenatural y lo católico le dejen frío. Allá él. Pero, a mí, no. Me considero hijo de la Iglesia, y mi más ardiente anhelo es vivir y morir en su regazo. Por ello, mal que le pese al Sr. Araya, vuelvo a proclamar que, a ninguno que insulte a mi madre, le dejaré —llegada la ocasión— y en conformidad con mi estado y mis posibilidades personales, de darle una respuesta contundente.



Ahora unas reflexiones por cuenta y riesgo propios.

1º El Sr. Araya se calla muchísimas ocasiones en que, en las páginas de mi libro, me declaro explícitamente conforme con opiniones, apreciaciones y juicios categóricos de Ortega, y no, precisamente, a propósito de cuestiones religiosas. Cualquiera que lea las páginas dedicadas por mí al estudio de la estética orteguiana, encontrará allí muchas y categóricas loas al pensador español. Esto, el Sr. Araya debió decirlo para no faltar a la objetividad del crítico, que es una forma de la virtud de la justicia.

2º El Sr. Araya, en su reseña, no dice una sola palabra sobre el modo cómo enfoco yo los problemas metafísicos y estéticos. Yo trato de la sustancia, el ser, la cosa, el mundo, la circunstancia, la realidad, el sujeto personal considerado como yo, las causas —eficiente, material, formal, final—, la belleza, la implicación del sujeto humano en la obra de arte, el arte hu-

mano como creación y no como representación, etc. Pues bien, sobre todos estos problemas, el Sr. Araya guarda una mudez absoluta... Y, para colmo, en vez de afrontarlos siquiera superficialmente, sale de su inhibición inculficable con el *ridiculus mus* de un problema mínimo de estilística sobre el cual podría responderle varias cosas si no considerase, por mi parte, que he destinado ya demasiado tiempo a una crítica que de todo hace, menos criticar.

¿Por qué, entonces, esta respuesta? Pues, porque hay cierta línea de conducta señalada por Voltaire, contra cuyos efectos, sobre todo, en los tiempos que corremos, deben tomarse toda clase de precauciones.

OSVALDO LIRA SS. CC.